

Había entrado en mi cabeza unos meses atrás, una tarde de mayo, tal vez de abril, de aquel mismo año.

Lo supongo así porque ya no hacía frío, que llevaba yo el traje chaqueta sastre. Sí, el gris de la raya blanca, diplomática, ya un poco deslucido, pero siempre me gustó ese traje, tú lo sabes, y si no sólo tienes que ver cuánto me costó desprenderme de él y que de hecho no llegué a desprenderme nunca, que únicamente consentí en depositarlo en la acera una noche dentro de una bolsa de plástico junto a los contenedores de basura cuando ya me había mandado hacer otro idéntico que, como sucede con tantas versiones de no importa qué se esté pretendiendo versionar, no salió idéntico.

Y no idéntico no porque llevase algún centímetro de más en el contorno de cadera (no muchos, la verdad), que de esa diferencia no llevaba ya la cuenta nadie. No la llevaba ni yo, es más, no la llevabas ni tú. No idéntico porque, sencillamente, no salió igual.

No recuerdo con precisión la fecha, ya te digo, pero sí conservo en mi memoria diversos detalles inconexos que, sin yo proponérmelo, en mi mente se agruparon como con voluntad propia y formaron algo así como un cuadro, o un mosaico, o esa escena última que a veces permanece quieta en la pantalla una vez ha terminado la película mientras desfilan hacia arriba los títulos de crédito y, hacia las puertas, los espectadores atareados en atrapar la manga de su abrigo.

Recuerdo también que entonces di por hecho que pertenecía a alguien elegante, y sé que lo decidí así nada más porque estaba siendo pronunciado en un lugar de ambiente distinguido y porque “alguien” era, en mi fantasía, alguien no carente de encanto.

Una asociación de ideas, me dije, y no volví a pensar en ello en una temporada si bien, en alguno de esos recovecos que hay en el cerebro y que tanto se parecen a una nuez sin corteza, debió de quedárseme

atascado, sin yo saberlo<sup>1</sup>, y luego se liberó del mismo modo en que sale revoloteando de entre el marco y la puerta ese papelito blanco que dejó quien venía a leer el contador del agua un día en que yo no estaba.

Pero no debía de ser un papelito blanco urgente o ni siquiera una pizca importante, porque lo dejé planear, lento y liviano, sin hacer intento alguno por darle caza.

– El hombre del Canal volverá otro día — me dije —, y si tampoco me encuentra ya entonces me enviarán una carta en regla, por lo menos con sello, que a lo mejor incluso certificada y con acuse de recibo. Ahí sí me plantearé el tomármela en serio.

Y allá que se deslizó vete tú a saber si apremiado por algún pensamiento respetable — uno de esos pensamientos que con gafas y bigotes hirsutos (o bastón y monóculo) se mueven presurosos, impacientes por instalarse sin pérdida de tiempo exactamente en su neurona, la que le esté correspondiendo — o sí pusilánime, impaciente por quitarse de en medio cuanto antes, se precipitó agobiado en el primer segundo recoveco que se encontró al paso, segundo aviso del lector del contador del agua que por segunda vez no me tomé yo en serio.

Debe de ser que había mucho tránsito de ancianos irascibles yendo y viniendo cavilosos por aquellos vericuetos laberínticos de la nuez, tan enrevesados que en no pocas ocasiones uno y hasta varios de los viejos se pedirán, desorientados, y tenían que andar retrocediendo y tartaleando y pidiendo razón a los ordenanzas cerebrales o incluso demandándose ayuda los unos a los otros, que no prestándose atención alguna atareado cada cual en la resolución de su propio problema, se intercambiaban encaminamientos casi siempre erróneos.

Debe de ser, sí, que había mucha barahúnda porque el pobre homólogo del papelito blanco asomaba tímidamente la cabeza, consciente

---

<sup>1</sup> Una de tantas de una suerte de fantasías surrealistas muy recurrentes para mí, de las que me valgo para dar consistencia a la finalidad de todo cuanto en el cuerpo — por no entrar en divagaciones de “a la finalidad de todo cuanto en el alma” — le resulta a mi capacidad de comprensión por completo insondable.

de su insignificancia y de su condición de advenedizo, para de inmediato volver a agazaparse amilanado e irresoluto o, todo lo más, dar una carrera atolondrada para llegar, como mucho, al vericuetto siguiente<sup>2</sup>...

¿Y preguntar?

¿Pero cómo preguntar si hasta ignoraba cómo exponer sus señas de identidad en condiciones?

– Mire usted — ensayando — soy una cogitación fugaz, sólo una idea.

No; esa no era manera.

Y angustiado. Angustiado también andaba un poco y no ya ante la incertidumbre de su insignificante destino; angustiado por estar haciendo esperar a una neurona quién sabe si muy anciana y venerable que a lo mejor tenía sus últimas esperanzas depositadas en él, en él precisamente, en él, un joven pensamiento inconsistente...

Porque si la neurona era una jovencita el tema era ya muy otro con toda una vida por delante; que a la mayoría de los adolescentes suele sucederles el gozar de una inconsciencia posiblemente muy merecedora de ser recriminada, pero... ¡es tan sumamente grato y además tan fácil el dejarse gobernar por ella!

Pues allí estaría, casi seguro, muy confortablemente acomodada en sus dominios, escuchando música, sin experimentar ni un asomo de desasosiego a la vista de su apartamento preso en las garras de un insobornable caos.

Si él hubiera sido sólo un poco más conocedor de la vida y de sus inconvenientes hubiese caído en la cuenta de que corren malos tiempos, y de que las circunstancias son lo bastante adversas para las nuevas generaciones, y de que es muy poquito factible que puedan independizarse, así, tan alegremente.

---

<sup>2</sup> O quién sabría sino de nuevo al anterior, ya que lo asistía un pavoroso desconocimiento no sólo de cuál sería la neurona en que debía ubicarse sino de la localización de la tal neurona.

Pero aquel imberbe era un total y completo prodigio de incultura, que no sabía nada de nada, que no sólo lo ignoraba todo de su propio mundo — en el que le era forzoso poner manos a la obra de proveerse de, al menos, una aunque sólo fuera reducida lista de ardidés con que poder enfrentar posible contingencia —, que no desconocía únicamente su propio entorno y cómo desenvolverse en él, sino que jamás había tenido la menor noticia de que pudieran existir en alguna parte mundos hostiles y selváticos en los que la astucia fuese una aliada enormemente necesaria.



Yo pertenezco al ámbito de la gran empresa, del muy alto standing.

No nací en una familia rica ni influyente, pero mi destino me deparó en su día verme requerida por un medio enteramente ajeno a mis orígenes y a mis tendencias naturales.

De mis orígenes no voy a decir nada porque no son interesantes y mi dinámica cotidiana me impele irremisiblemente a desestimar lo fútil; no afirmo que sea mi elección ni tampoco lo niego, únicamente hago constar que por imperativos que no vienen al caso debí aprender a asumir un estricto orden de prioridades; y lo aprendí, no sabría precisar si de buen grado; y lo asumí — que es lo que importa — y a él me he ceñido, con bastante fortuna por cierto.

Así las cosas, y resumiendo, ocupo en el mundo de la investigación un puesto relevante; no por mí misma pero sí en representación de mi jefe, un magnate, un hombre de negocios en constante e imparable expansión enormemente poderoso del cual soy representante y portavoz imprescindible; vamos, que su mano derecha.

Tampoco, sin embargo, voy a entrar en pormenores de esta faceta de mi vida. Ni siquiera haré valoración de si soy o no soy inteligente aun siendo conocedora de que se tiene por incuestionable que una mujer con una profesión tan puntera como la mía tiene que serlo por fuerza.

Personalmente discrepo de tal afirmación y estimo que no es básicamente talento — no, claro que no es talento, talento es esa virtud que adorna a mujeres bellísimas, y yo estoy muy lejos de ser una mujer hermosa —, no es básicamente cerebro (mejor así) lo que exige mi trabajo sino que la clave del éxito en una actividad como es esta con que me gano la vida reside en otras cualidades bastante más modestas (pero ciertamente inapreciables) cuales son prudencia, discreción, sencillez, saber hacer, saber estar, paciencia, serenidad, frialdad, tenacidad, un poquito de sagacidad, un toque de implacabilidad y una gran dosis de renuncia a la propia identidad.

Sí, es cierto, hace ya muchos años que renuncié a mi identidad, a ella concretamente trataba de aproximarme cuando utilicé las palabras “mis tendencias naturales”.

Tal vez de haberme sabido autoatrapar de joven, de muy joven, sería yo hoy bastante menos pragmática y más soñadora; y no me estoy refiriendo a fantasías ridículas, estoy queriendo significar más imaginativa.

Pero en mi vida no quedó o no dejé lugar para la fantasía. No es que lo lamente, tan sólo lo menciono. Lamentarlo sería contradictorio habida cuenta de que yo misma he reconocido haber aceptado dejarme engullir por ese monstruo que es esta vida moderna, tan fría, tan automatizada y despiadada...

Era joven yo entonces, y dócil. Me dejé llevar. Hoy no puedo ya retroceder.

No es que sea particularmente pesimista, creo que no lo soy, y considere que mi camino o cualquier otro camino no tengan retorno. No. Lo que ocurre es que yo cargo ya sobre mis hombros con muchas y muy serias responsabilidades; soy prácticamente irremplazable.

Mi trabajo es terriblemente absorbente, si bien en absoluto apasionante<sup>3</sup>, y exige de mí una dedicación total y una atención constante

---

<sup>3</sup> Al menos a mí no me apasiona, incluso ni me gusta, que cuando me digo satisfecha más que con mi quehacer es con mi actitud ante mi propia vida.

¿De dónde sacaría yo tiempo para ensoñaciones si ya me falta para lo estrictamente imprescindible?

Las escasísimas horas del día que me quedan libres no son para mí, no para mi esparcimiento; he de dedicarlas a atender los imperativos que conlleva ocupar el puesto que yo ocupo.

Debo estar ampliamente informada y al último minuto de toda la actividad del mundo entero; y tengo que dejarme ver, insoslayablemente, a tono con los ambientes en que he de desenvolverme.

No se espera de mí que sea guapa ni que tenga una figura de cine<sup>4</sup>, y se me tolera que tenga digamos una edad que empieza a ser un punto respetable; pero sí se me mira con reprobación si no voy siempre, pero siempre, con un aspecto ciento por ciento impecable. Correcto hasta límites insospechados.

La laca de las uñas, aunque sólo fuera la laca de las uñas, que no le falte ni una esquinita; por no entrar en la raíz de las canas o las piernas no meticulosamente depiladas. Ni pensarlo. De modo que tengo que estar sin descanso hoy a la peluquería, mañana a la esteticíen, pasado a la modista...

¿Qué tiempo puede quedarme a mí para ensimismarme en los juegos disparatados que suelen gustar tanto a la mente?

A veces llego a pensar que es por eso que ella se rebela y tira por derroteros tan imposibles.

---

<sup>4</sup> Y que nadie tuerza el gesto con una risilla escéptica, que a muchas para hacer lo que yo hago — nunca es lo mismo, no obstante, y yo lo hago mejor, estoy segura — se les exige de forma inapelable.



Hoy he entrado a sentarme aquí. De vez en cuando me meto en cualquier parte, sin fijarme mucho, como a mí me da lo mismo.

Parece la consulta de un dentista, la sala de espera, quiero decir. Pero a mí no me da miedo, no tengo ninguna muela que sacar. Y de todos modos no me harían daño.

Tengo más costumbre de estar en lugares abiertos, al aire libre, pululando por ahí. Me lo puedo permitir, que para eso no tengo nunca ni frío ni calor.

Pero es que llevaba unos ciento ochenta mil años sin pescar una silla.

Mis hermanas dicen que soy exageradíssssima.

No es que estuviera cansada. Yo no me canso jamás. Ni me canso, ni me duele nunca nada, ni me resfrío, ni me salen arrugas, ni engordo, ni adelgazo, siempre estoy de un humor fantasmagórico, me río de todo y no he llorado jamás; que llevo una eternidad completa sin soltar una lágrima.

Mis hermanas dicen que soy hiporborizadíssssima.

Me acusan ellas, mis hermanas, de ser una insólita que ellas denominan sencillamente “extravagante”, pero a mí me embelesa más “asombrosa” o, inclusivamente, “singular” o “rara”.



Pero no es verdad; lo que sucede es que ellas, muchísimas de ellas por lo menos, están secuestradas por la cultura finita que las circunscribe.

Insólita ahora puede ya que sí lo sea, pero hace algo así como ochenta o noventa centenares de lustros — no llevo un calendario encima, pero más o menos — era yo como que muy usual o acostumbrada. Sin embargo, no me oprime sensación alguna de decadencia.

Yo paso divinamente mi tiempo, no sé si lo utilizo adecuadamente pero hay que ver lo que me entretengo con cualquier cosita de nada, y lo que disfruto.

Esta misma mañana por ejemplo, cuando me desperecé y mis mejillas aceptaron la caricia de Céfiro, pues ahí estaba yo flotando en Éter sin saber qué ponerme.

¡Y es que tengo una cantidad de ropa!

Mis hermanas dicen que demasiada. Yo ya les digo: coger lo que queráis. Y algo sí que se prueban, pero con muy poquita emoción porque barruntan que no va a quedarles bien.

Y no les queda.

Yo les digo que es que no saben llevarlo con gracia, porque hay vestes en las que se mete cualquiera.

El peplo, sin ir más lejos, hace nada, un par de días, pues Jessica que no le servía, y como yo le dije “eso no puede ser de ninguna de las maneras y lo que te está a ti fastidiando el luk son esas botas de centurión”.

A mí me parece que peplos es de lo que más tengo, pero a ella, como ya me sé yo que es muy caprichosa le ofrecí el más bonito; y pues la condenada que no lo quiso. Y es que a esa de los vaqueros no la sacas. Una cosa los vaqueros que me sientan a mí pero que como un tiro; no sé,

que me veo como disfrazada. Claro que, es normal, puesto que en mi época de esplendor no se llevaba pero lo que se dice nada.

Bueno, pues eso, que me preparé un café y bien que me hubiera gustado fumarme un cigarrillo que Vanesa dice — Vanesa sí que fuma igual que un carretero — dice que es una cosa deliciosa y buen mal humor que tiene porque la última representante fumadora que le quedaba en el mundo de los mortales dice que lo va a dejar. Como yo soy tan optimista le digo oye pues qué más da, que tú tienes mucha salida y en un par de días como aquel que dice ya tendrás otra representante, y los quince años todo lo más que puedan pasar hasta que se inicie pasan en un santiguio y, hala, tan ricamente a fumar otra vez.

Pero no entra en razón, es tan reciente que no tiene experiencia ninguna, ni aguante ni paciencia ni nada de nada; que lo quiere todo ya. Muy mona, eso sí, porque tiene una carita muy flamante de esas que ahora se aplican, pero sin ninguna historia. Hace guiños despectivos y morisquetas cuando le digo es que tú has nacido muy tarde; y sacude la mano apartando con gesto desdeñoso mis palabras y a veces hasta me contesta “tú es que eres del paleolítico, o mírate en el utensilio ese en el que nos reflejamos y verás la jeta tan rancia que tienes”.

Jeta, ella dice jeta con lo bonito que es efigie. Que sí, la tengo someramente arcaica y puede que una pizca vertiginosamente pretérita; pero rancia, no. Lo que pasa es que no me estilo; aunque bien guapa que he sido algunas veces.

Pues me bebí el café sin cigarrillo porque no puedo fumar, que me es técnicamente imposible, y luego empecé a revolver en mis armarios ancestrales.

No sé si voy bien, porque como nadie me atiende, pero he elegido el atuendo siguiente y voy a empezar por los pies para no saltarme nada:

Unos borceguíes, casi nuevos porque aquella se los puso poquísimo; bueno, que primero ya me había puesto las calzas. De calzas

sólo tengo este par porque desde la Edad Media mis hermanas no me las traen, y a otro par que tenía se les hizo un punto. Luego, encima, un peplo, que ya digo que peplos es de lo que más tengo. Y encima...

